

RELATOS INDOCENTES

Las relaciones humanas en el ámbito educativo

Relatos indocentes

*Las relaciones humanas
en el ámbito educativo*

LUISA MILAGROS DE LUCAS SANZ

Editorial  **Popular**

© **Editorial Popular, Madrid, 2023**

C/ Leo,7. local 2. 28007 Madrid

Tel: 91 409 35 73

E-mail: popular@editorialpopular.com

<http://www.editorialpopular.com>

Diseño de colección: Francisco Pino

Imprime: Cooperación Editorial, S.L.

I.S.B.N.: 978-84-7884-945-1

D. L.: M-10519-2023

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los humanos salen del seno materno como el vidrio fundido sale del horno. Pueden ser retorcidos, estirados y modelados con un sorprendente grado de libertad. Esta es la razón por la que en la actualidad podemos educar a nuestros hijos para que se conviertan en cristianos o budistas, capitalistas o socialistas, belicosos o pacifistas.

SAPIENS. *De animales a dioses*
Yuval Noah Harari

Índice

Prólogo	9
Nota a la edición	15
Nelson.....	17
Omisión	41
Integrado	49
Mr. Hyde	53
El poder de un maestro.....	59
Flores para la Virgen.....	71
Semana docente	79
El sabor de la injusticia (1968).....	121
Pulso.....	123
Cara y cruz	131
Trueque.....	137
Si mi pluma valiese tu pistola.....	141
Educación para la democracia.....	171
Coordinación comarcal	177
Analfabetismo socio-ético	185
Currículo oculto	205
El escaparate pintado de blanco	207
Nada (“ <i>frontstage</i> ”).....	213
Bibliografía.....	219

Prólogo

Los relatos que presento en este libro están basados en experiencias reales, vividas directa o indirectamente en el contexto educativo. El lector encontrará episodios de mi etapa de alumna y otros ocurridos a lo largo de las más de tres décadas de mi ejercicio docente. En su momento, todos ellos me impactaron de tal manera, que quedaron grabados a fuego en mi memoria. Esa es la sensación que trato de compartir.

Todos sabemos que la escuela representa un escenario de aprendizaje donde se transmiten conocimientos académicos y se desarrollan habilidades cognitivas.

Pero no solo es eso, sino mucho más.

Los modelos de vida son fundamentales en el aprendizaje. Por esta razón, la interacción personal y los ejemplos de conducta dentro del ámbito escolar supondrán también un soporte importante en el desarrollo del individuo.

Ciertamente, en la escuela se producen unos intercambios humanos que contribuyen a construir la identidad del alumno y a su formación como futuro ciudadano. Un ciudadano con las herramientas necesarias para legitimar el orden establecido o modificarlo y mejorarlo si fuera necesario. Esta es la gran responsabilidad ético-moral y el fin último del proceso educativo: la socialización. Dicha socialización

implica hacer de cada educando un ser humano que respete las normas, los valores y principios de convivencia y que posea un pensamiento autónomo que le capacite para vivir sus derechos y asumir responsablemente sus deberes.

Muchas veces damos por asumidos e interiorizados unos valores que no lo están en absoluto. Sin embargo, de esos valores depende, no ya la supervivencia económica, que es importante, sino el futuro social. Según Durkheim (1976), la escuela es un lugar donde, además de preparar a los individuos para que hagan parte de la sociedad que los ha acogido, los responsabiliza de su conservación y de su transformación.

La normativa y los marcos curriculares contemplan y redactan maravillosamente los fines educativos para conseguir el desarrollo del alumno desde todas las perspectivas: profesional, ética, emocional y social. La práctica, sin embargo, se vuelca en la transmisión de contenidos académicos orientados, casi exclusivamente, a la integración laboral del individuo y dedica muy poco espacio a las otras facetas.

El escaparate de proyectos de mejora educativa es atractivo y se halla bien pertrechado. La trastienda, sin embargo, va bastante por libre y no siempre se ajusta a los productos expuestos.

Desde el punto de vista político o social, ocurre lo mismo. Proyectos que se anuncian y se aplauden en el escenario comunitario a bombo y platillo nunca llegan a materializarse o su concreción se pierde en los habituales puntos suspensivos.

Esta preocupación de fondo, estimado lector, se encuentra en muchos de los relatos que te dispones a leer. Problemas sociales como el suicidio, la violencia de género, el adoctrinamiento, el abuso infantil y

tantos otros, cuentan con perfectos planes institucionales para evitarlos o atajarlos si se llegan a producir. No obstante, son lacras que no terminan nunca. Ni siquiera mejoran. ¿Por qué? Porque la solución debe abordarse, y no se hace, desde la educación. La educación debería ser el eje vertebrador de toda la actividad política y social.

Abundando en la distancia que existe entre el escaparate y la trastienda, no hace mucho, me comentaba una alumna que su hija sufría *bullying* en uno de los colegios concertados de la ciudad. Llevaba meses, me decía, acudiendo al centro en cuestión con pruebas de quiénes eran los acosadores y cómo llevaban a cabo el acoso. No solo sufría la niña, afirmaba:

–Nos está afectando a toda la familia, no sabes hasta qué punto. Esto nos está amargando la vida.

Hablaba con la directora una y otra vez, con el jefe de estudios otras tantas y nada cambiaba. Todo eran papeleos y actuaciones elevadas a instancias superiores y buenas palabras. Era necesario, le recomendaban, seguir los pasos establecidos y confiar en que funcionase un protocolo que estaba perfectamente descrito. Cansada, harta más bien, de esperar fue a la comisaría de policía a poner una denuncia. Allí, esto es lo que le dijeron:

– Señora, yo en su lugar cambiaría de colegio a la niña. Es lo más operativo.

–¡Pero si ella es la víctima! ¿Me está usted diciendo que es ella la que se tiene que ir? Y con los acosadores, ¿no pasa nada?

–Lo que le digo es que, al final, la que sufre es su hija. Todos ustedes lo están pasando mal. Cuanto menos tiempo dure la situación, mejor. No imagina los casos que vemos de acoso y, créame, lo más práctico es cambiar de centro.

Finalmente, siguió el consejo del policía y me contaba lo feliz que estaba su hija con los nuevos compañeros. La paz había vuelto también a la familia. Lo que lamentaba, según me dijo, era el tiempo perdido en entrevistas y papeleos inútiles y no haberlo hecho antes.

Por tanto, parece que hay que asumir que gran parte del guion de la dinámica social, aunque luce impecable en un escenario, raras veces llega a representarse. Es ya un tópico literario hablar del teatro del mundo para ofrecer una forma de entender el comportamiento humano. Desde Platón en su *mito de la caverna*, a Petronio que ve la sociedad como un teatro en su obra *El Satiricón*, hasta Calderón de la Barca en *El gran teatro del mundo* o *La vida es sueño*, han sido muchos autores los que han utilizado la metáfora dramática para explicar la interacción social.

También Goffman, ya en el siglo XX, creó dos conceptos para distinguir lo que ocurre en el escenario humano. En el primero de ellos, el *frontstage*, la persona, o la administración social de turno, se presenta a sí misma y cuida su interpretación buscando la aceptación de la audiencia o el futuro voto. Según este sociólogo, cuando está en escena, el individuo no se preocupa del problema moral de cumplir las normas sino de la representación amoral de que las está cumpliendo. El *backstage*, sin embargo, equivaldría a la parte trasera del escenario, lejos del público, donde se ponen a buen recaudo todas las actuaciones que se omiten o se quieren mantener ocultas.

Así pues, considerando lo expuesto, sería altamente beneficioso para todos hacer de la ética uno de los pilares fundamentales de la enseñanza y un área curricular constante en todos los niveles académicos, incluido el universitario. Y especialmente en profesio-

nes enfocadas al servicio público; aunque, bien pensado, todas lo son.

Para terminar, estimado lector, comentar que he realizado en cada relato los cambios necesarios no solo para mantener el anonimato de los protagonistas, sino, además, para añadir algunos de los múltiples recursos que permiten literaturizar la realidad.

La autora.

Nota a la edición

Todos los relatos inspirados en mi experiencia docente, el lector deberá enmarcarlos en la formación de adultos. Los centros públicos de adultos fueron creados para hacer llegar la titulación básica (ESO: Graduado en Secundaria. Competencias Clave de los servicios de empleo) a un amplio sector de población que, por diferentes motivos, no ha accedido a la formación básica que representan estos títulos tan necesarios para la inserción socio-laboral del individuo. Además, los centros específicos de adultos ofertan formación continua a todo aquel que desee actualizar o ampliar su bagaje cultural. La mayor parte de las clases se desarrollan en horario de tarde-noche y la edad de los alumnos que acuden a estos centros educativos es de 18 años en adelante.

Los relatos basados en mis vivencias como alumna, tuvieron lugar en el ámbito de la EGB (Educación General Básica), nivel educativo que se correspondería con la actual Enseñanza Primaria (hasta los doce años) y que incluía, además, los dos primeros cursos de la actual ESO (13-14 años), denominados entonces 7.º y 8.º de EGB. También fui alumna de BUP (Bachillerato Unificado Polivalente), equivalente a los cursos actuales de 3.º, 4.º y 1.º de Bachiller.

Las narraciones que se desarrollan en el contexto

educativo de la ESO y actual Bachillerato me han llegado a través de experiencias directas o indirectas de mis hijas mientras cursaban estos niveles de enseñanza.

*Late, corazón. No todo
se lo ha tragado la tierra.*

A. MACHADO

Siempre me ha interesado el tema del suicidio. Supongo que hay un porqué y el mío creo que se remonta a mi infancia, cuando con siete u ocho años oí a mis padres una conversación que me impresionó de tal manera, que estuve mucho tiempo, a pesar de mi corta edad, dándole vueltas a lo que había escuchado. Hablaban de un conocido suyo y lamentaban el final que había tenido siendo tan joven. Mi madre exclamaba “¡qué horror!” con la mano en la boca y mi padre desgranaba los detalles de lo sucedido. Al parecer el hombre había decidido acabar con su vida desbordado por las circunstancias financieras y laborales que le acorralaban y planeó cuidadosamente el modo de hacerlo. Pensó en todos los detalles, hasta en la posibilidad de atajar un posible arrepentimiento por su parte que le hiciese desistir en los últimos momentos de su deseo. “En las ansias de la muerte”, decía mi padre, aguijoneando al máximo mi imaginación con estas palabras, “puede más la necesidad de

vivir". Y así fue como supe que el desdichado se dirigió a un paraje segoviano del río Eresma, próximo a la Presa de la Luz, donde el agua cubría y se movía con una fuerza que solo se atrevían a desafiar los expertos nadadores. Llevaba consigo un saco en el que se metió y cosió concienzudamente desde dentro. Una vez seguro de que, aunque quisiera escapar de allí y volver a la superficie, no podría hacerlo, rodó hasta el borde y cayó al río donde murió ahogado sin remedio. "¡Dios mío, ha cosido el saco por dentro!", repetía mi madre espantada y mi padre contestaba:

—¡Claro, era un nadador fabuloso! Si hubiese contado con la posibilidad de salir, habría nadado instintivamente sin poderlo evitar... ¡Y él quería morir!

Cuando oí que el fallecido sabía nadar, mi sorpresa no tuvo límites. ¡Cuántas veces imaginé, con el estómago en un puño, el interior del referido saco bajo el agua y las ansias de salir de ese pobre hombre! Todavía hoy me sobrecoge la determinación de aquel suicida y el modo en que decidió acabar con su desdicha.

La Presa de la Luz todos los veranos se cobraba una o varias vidas. Era un lugar muy peligroso que, sin embargo, muchos bañistas frecuentaban, y supongo lo seguirán haciendo, para el baño estival. Si alguien moría allí ahogado, las noticias de la radio informaban a la ciudad del accidente y todos lamentábamos que algo así hubiese sucedido una vez más. Sin embargo, no se dio la noticia de aquel suicidio.

Años después, en la universidad, cuando investigué el tema para desarrollar un trabajo sobre el suicidio juvenil, supe que existe un tácito acuerdo social para silenciar, en la medida de lo posible, estos fallecimientos en los medios y evitar que se extienda lo que se conoce como *el suicidiococo*. Esta expresión coloquial hace referencia a una bacteria imaginaria que

infecta a otras personas del mismo deseo de poner fin a su existencia, espoleadas por el valor o la decisión del que ya lo ha llevado a cabo. A lo largo de la historia, hay muchos casos que ilustran este fenómeno. Después de la publicación de *Las penas del joven Werther* (1774), por ejemplo, se produjo una oleada de episodios suicidas en Alemania y otros países de Europa que marcó el inicio del movimiento romántico centroeuropeo. Efectivamente, numerosos jóvenes de ambos sexos se quitaron la vida imitando el lugar y el vestuario de este desventurado personaje literario que, al ser rechazado por su amada Charlotte, prefirió morir. Muchos de estos desatinados admiradores de Werther incluso incluyeron el libro de Goethe en la puesta en escena de su propio suicidio para que no cupiese ninguna duda de cuál había sido su fuente de inspiración. Evitar entonces lo que se llamó el “efecto o la fiebre Werther” llevó a la prohibición del libro en muchos países. Fue tal el trágico eco de la obra que el autor se sintió obligado a revisarla en 1787 y atribuir el suicidio del protagonista a una enfermedad anímica o mental y recomendar al lector a través de su personaje “sé un hombre y no sigas mi ejemplo”.

Como decía, el “efecto Werther”, con el que todavía hoy se denomina al efecto llamada del suicidio, no es un hecho aislado. Otros casos similares se han sumado tristemente al fenómeno de contagio que se da tras un caso de autodestrucción, sobre todo si se trata de un ídolo social. Así, cuando Marilyn Monroe (EE.UU., 1929-1962) puso fin a su vida, en menos de un mes las estadísticas del suicidio se dispararon un 12 %.

También en Japón, todavía hoy se recuerda lo que se llamó el “síndrome Yukiko” que llevó al suicidio a 28 adolescentes en los días siguientes a que el cantante

de pop Yukiko Okada (Japón, 1967-1986) saltase de un décimo piso para acabar con su vida.

En Alcoy, donde resido desde hace años, cuando alguien se tira por uno de los muchos puentes con que cuenta la ciudad, el hecho suele provocar un efecto dominó que conlleva más casos similares en cadena y en un lapso relativamente breve de tiempo.

Actualmente, la OMS (Organización Mundial de la Salud) considera que la difusión adecuada y responsable de las noticias sobre el suicidio puede no solo contrarrestar el efecto contagio, sino aportar un efecto protector y de concienciación social muy beneficioso para atajar este problema. Al poder preventivo que pueden aportar los medios de comunicación contra las tendencias autolíticas se le ha llamado “efecto Papageno” acuñado en honor al gracioso personaje homónimo de *La flauta mágica* de Mozart, que desconsolado por su deseo de encontrar el amor, formar una familia y tener muchos hijos, decide morir. Sin embargo, es disuadido de suicidarse por tres espíritus infantiles que le muestran las alternativas que le ofrece la vida:

PAPAGENO:

*¡Estoy cansado de mi vida!
La muerte pone fin al amor,
cuando quema tanto en el corazón.
Adornaré este árbol,
me colgaré del cuello,
pues la vida me desagrada;
buenas noches, negro mundo |.../
Todo ha acabado, voy a morir.*

*LOS TRES MUCHACHOS:**Detente, oh Papageno, y sé sabio;**se vive solo una vez, que eso te baste /.../*

Después de que los niños le aparten de su idea suicida, Papageno se reencuentra y tiene muchos hijos con su amada Papagena y vive largos años feliz con ella y la familia que crean juntos.

Para conseguir el “efecto Papageno”, que debería estar muy presente en cualquier plan de prevención del suicidio, la OMS aconseja a los medios trabajar con profesionales de la salud y simultanear la noticia del suicidio con información que conduzca a la prevención del mismo. Otras pautas que recomienda en esta línea son:

- Presentar solo datos relevantes. No publicar fotos ni notas suicidas. Evitar dar detalles sobre el método, buscar razones simplistas o culpas al hecho y, mucho menos, glorificar al suicida.
- Resaltar alternativas al suicidio.
- Proporcionar información sobre líneas de ayuda y recursos comunitarios.
- Publicitar indicadores de riesgo y señales de advertencia.

A pesar de las recomendaciones de la OMS, observamos que la mayor parte de noticias sobre suicidio se limitan a la descripción más o menos afortunada del hecho y no siguen las medidas preventivas apuntadas con anterioridad.

Actividades sugeridas

1. *Elaborar un plan comunicacional que potencie un rol activo de los Medios de Comunicación en la prevención del suicidio. /.../*
4. *Realizar acciones de coordinación con instituciones de formación de profesionales de las comunicaciones. /.../*
6. *Desarrollar talleres de capacitación dirigidos a periodistas y editores de medios de comunicación existentes en la Región (en lo posible, en que ellos sean parte del equipo docente).*

PROGRAMA NACIONAL
DE PREVENCIÓN DEL SUICIDIO
Orientaciones para su implementación, 2013.

Además del *suicidiococo*, existen otros motivos que explican el hecho de que el suicidio siga siendo un tema tabú. Uno de ellos es que todavía subyace en la memoria colectiva la estigmatización que han sufrido a lo largo de la historia no solo los suicidas sino también sus familias. En efecto, al terrible desgarró de la pérdida de un ser querido en estas circunstancias, que también suele ir acompañado de la corrosiva culpa, *¿Qué hice mal? ¿No se sentía suficientemente querido? ¿Qué es lo que no vi? ¿Pude hacer algo por evitarlo? ¿Le presté la atención que necesitaba? ¿Hablé con él lo suficiente? Quizás si hubiese... ¿Y si...?*, los familiares han tenido que sumar, durante siglos, otros sentimientos que han aumentado exponencialmente su dolor: la humillación pública y la vergüenza cuando se negaba

la sepultura del suicida en tierra sagrada porque la Iglesia condenaba a todo aquel que se tomase la libertad de disponer de su vida sin el permiso de Dios. *Solo los malditos son abandonados en los campos o en el vertedero.* Esta cruel medida estuvo vigente hasta no hace mucho, concretamente hasta 1982, en que Juan Pablo II promulgó un nuevo Código de Derecho Canónico, pero probablemente se remonte al Concilio de Braga (año 563), que ya en su canon 15 decía:

En Grecia, como también en Roma, los suicidas serán enterrados sin ceremonia en sitios apartados.

En la Europa medieval, la justicia condenaba públicamente al suicida y confiscaba sus bienes. Además, su cadáver era mutilado y arrastrado por las calles para escarnio público. Después, se le colocaba en un cruce de caminos con una estaca atravesando su corazón y una piedra en la cabeza con el fin de inmovilizar su cuerpo y que su alma condenada por toda la eternidad no regresara a perturbar a los vivos. Descrita así esta práctica, para la que cuesta encontrar calificativos, parece una de tantas de aquella oscura época. Sin embargo, estimado lector, es preciso insistir en que, tras cada cuerpo de un suicida degradado socialmente de esta manera, había una familia marcada. Una familia hundida moral y económicamente que recordaría su desgracia durante mucho, mucho tiempo.

En algunos lugares y hasta finales del s. XVIII, se mantuvo el castigo de colgar por los pies a los cadáveres de los suicidas, en virtud de ser reos de un delito merecedor de la pena capital. Será a partir de la Revolución francesa cuando se comience a considerar al que atenta contra su vida como un posible demente, al

tiempo que se estima mucho más “piadoso” no duplicar la desgracia privando de herencia a su familia. Desde ese momento, demostrar enajenación mental representó la tabla de salvación a la que se aferraron los familiares de muchos suicidas para que el cura de turno accediese a enterrarlos en sagrado y no en lo que entonces se llamó el “corralito”, espacio anejo al cementerio católico reservado a los “malditos”: los no bautizados, los ahorcados, los apóstatas, los masones, los excomulgados y los muertos en duelo.

Quizás en estos hechos se encuentre la raíz de que, todavía en la actualidad, se considere enfermos mentales a todos los que buscan su propia muerte. Los actos suicidas son catalogados en su mayoría como un “acto psicótico más” y arrojados al montón de lo sinsentido. Esta explicación es, sin duda, un cómodo asidero para eludir la búsqueda de otras causas al suicidio, causas que implicarían la responsabilidad social y habrían de suponer un serio análisis de los pilares que sustentan nuestro sistema. Sin embargo, no siempre hay una patología mental detrás de una decisión autolítica. Casi siempre se trata de un lenguaje expresivo que emite un mensaje de matices diversos: de protesta, reclamo de atención, de necesidad de amparo o de compasión, de impotencia e, incluso, de protagonismo. Todo suicidio representa una pérdida de integración con el ambiente que no supone desinterés, sino un interés que no puede llegar a soportarse. En no pocas ocasiones, el suicidio no es más que un grito eterno y desesperado con el que la persona reivindica una vida mejor.

Lo cierto es que hubo una época, hasta hace muy poco, en la que demostrar la enajenación mental del suicida evitaba el escándalo y garantizaba su entierro en un camposanto, con las exequias que honraban al

fallecido y que, además, apoyaban anímicamente el duelo de su familia. Tal vez por esta razón, mi madre aseguraba que su prima Delfina no se había suicidado, sino que, como era sonámbula, una noche, sin ser dueña de su voluntad y moviéndose en sueños, se dirigió descalza y en camisón a la torre de la iglesia. Encontró la puerta abierta y subió dormida las escaleras. Y ya arriba y sin haberse despertado, se lanzó al vacío. “Claro, afirmaba mi madre, cada vez que tenía una bronca con su marido, siempre decía ‘cualquier día me tiro de la torre’ y esa noche seguro que se acostó con esa idea, soñó con ello y se tiró”. Cuando nos contaba estos detalles a mis hermanas y a mí, tenía respuesta para todas nuestras preguntas:

–¿No habéis soñado vosotras alguna vez que volabais? Pues lo mismo.

–Pero, en pleno enero, si iba descalza, ¿no la despertó el frío cuando salió a la calle? –cuestionaba yo–. Y los escalones de piedra, estarían helados... ¿Seguro que estaba dormida?

Toda la familia asumió la muerte de Delfina como un accidente por sonambulismo. En el funeral, el cura del pueblo, haciendo gala de una piedad y empatía encomiables, acalló desde el púlpito los dolorosos rumores, afirmando con certeza que ese era el motivo de su fallecimiento. Incluso se aseguró que, en la autopsia, el forense fue capaz de ver tanto en la expresión relajada de su cara como en ciertas zonas de su cerebro que se encontraba profundamente dormida cuando se mató. “Si estás despierto, cuando vas a estrellarte, la expresión se te desencaja por el horror sin poderlo evitar. Y ella tenía la expresión natural del que duerme”, confirmaban los adultos.

Aquello también agitó muchísimo mi imaginación en su momento. Bastantes años después, comen-